

ELOÍSA ESTÁ PROTEGIDA POR UN ALMENDRO

José Antonio

Eloísa, esa chica tan introvertida a decir de sus antiguos vecinos, hija única del renombrado comisario de policía Enrique, más conocido como comisario Jardiel, se encontraba reposando debajo de un almendro en su finca de los alrededores de Madrid. Era una tarde de verano y meditaba sobre lo ocurrido en el pasado.

Su mente se fijó en aquella mañana de invierno en que cogió el tren de Toledo a Madrid en el trayecto corto de viaje, que tuvo que hacer solo ese día. Se sentó y esperó paciente a que el Avant se pusiera en marcha.

Pasaron algunos breves minutos y un chico de unos veinticinco años vestido con prendas deportivas y auriculares tomó asiento a su lado.

—Hola. ¿Eres Eloísa, verdad?

—¿Le conozco de algo? —respondió ella.

—Sí, te conozco. Eres la hija del comisario Jardier. El de la comisaría de Chamberí. ¿Cómo se encuentra él, sigue tan dicharachero como siempre?

—Sí, mi padre es un poco así. ¿De qué le conoce usted? ¿Es amigo suyo?

—Mi hermano mayor fue detenido por tu glorioso padre, por varios robos con intimidación, juzgado, declarado culpable e ingresado en la Alcalá Meco. Murió en su celda a manos de dos compañeros de prisión, por una discusión y un enfrentamiento del todo estúpidos.

Yo hago responsable de lo sucedido a mi querido hermano a tu padre, el comisario Jardiel, símbolo de prestigio en el cuerpo y una persona detestable para mi familia; él, que estuvo persiguiendo a mi hermano sin fin durante años hasta que lo atrapó. Y lo quiero muerto; lo mataré cueste lo que me cueste.

Como verás, mi resolución es definitiva. Pero su muerte no será inmediata.

Aún le queda una posibilidad: en vez de acabar con tu papaíto, tal vez yo prefiera matarte a ti, su adorada hija Eloísa. Aunque tu fin no sería ahora, ni dentro de varios días, ni meses, ni acaso años: tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo. Solo acabaré contigo cuando yo quiera, si a tu padre no le dices nada de que me has visto, ni de esta entrevista en el tren. Ni de que pretendo terminar con él: ese será el secreto entre nosotros dos. Si no le dices nada, tal vez no lo mate, ni te mate a ti, si pasan los años y me olvido de todo este asunto. No sé... ya veré lo que hago. Pero tu silencio será el germen del que me valga para tomar una decisión. ¿Lo firmas?

Eloísa se levantó como un resorte de su asiento, y alocada, se alejó de inmediato de aquel tipo, huyendo a lo largo del vagón, ante las incrédulas miradas de los restantes pasajeros, que la veían pasar como una exhalación.

Con la mente nublada, solo pudo avisar, gritando a todo el mundo. Unos pasajeros le preguntaron qué le pasaba. Ella se detuvo en seco y pensó por un instante. Consideró lo que ese tipo le dijo y enmudeció. Al advertir que el Avant aún no había emprendido la marcha y continuaba parado, acontecida, salió como volando del furgón y se perdió entre la muchedumbre de pasajeros de la estación.

Han pasado los años. Por su miedo irresoluto, no le contó a nadie lo sucedido aquel día en el tren con el extraño sujeto y lo que este le arguyó. Ahora, Eloísa se pregunta si hizo bien. Pero era tal el pánico que sintió que su boca calló para siempre.

Su padre aún vive, ya jubilado y retirado de su labor policial, teniendo una vida tradicional y apacible de pensionista. En su finca de Madrid, con ella. Los dos solos.

Fue tal la impresión que tuvo que, traumatizada por lo sucedido ese día de viaje, a veces se le devuelven los recuerdos como flashes intermitentes. Y que le hacen sentirse de forma terrible, mal; e intenta retirar de su mente tales pensamientos negativos y relajarse. Relajarse sentada debajo de su apreciado y viejo almendro. El almendro que un día, ya lejano, plantó allí su padre, en honor a su esposa entonces recientemente fallecida, el comisario Enrique Jardiel. El *Poncela*, llamado así entre sus compañeros, y puesto este sobrenombre por uno de ellos, aficionado a la lectura, que encontró su nombre y apellido similares a los de ese famoso escritor humorista al que le gustaba tanto leer en sus ratos libres. Y que le hacía despejarse el cerebro de su trabajo tan sórdido y delirante como el que ejercían todos ellos en su oficio.